

¿Por dónde empieza el pecado, y por dónde acaba? Apartaron los ojos para no ver el cielo, ni acordarse de los juicios de Dios, dice la Escritura, hablando de los infames viejos, que calumniaron á la casta Susana, y se puede decir lo mismo de todos los pecadores. ¡Cuántos combates cuesta el primer delito! ¡Cuántos baldones nos hace el corazon despues de haberle cometido! ¡Ojalá los hubiéramos escuchado, y que su impresion hubiera sido mas fuerte que la pasion que nos arrastró hácia él! Pero el pecado, haciéndonos olvidar sus repetidos ataques, los ha desterrado, y entónces nos quisiera persuadir que quizá la Religion y sus terrores son una quimera. Lo peor es que quisiéramos hallar razones para creerlo: ¿y por qué? Porque es difícil que el pecado se halle junto con aquel temor, y de aquí nace que si por haberle perdido hemos caido en la culpa, es menester recobrarle para levantarnos.

Es cierto que el temor solo, aunque sea loable, no convierte el corazon, porque no muda la voluntad, y solo suspende sus actos; ¿pero porque el temor solo no haga toda la obra, se sigue que no tenga parte en ella? Supongamos una alma que el temor abate, que en su primer terror no ve en la enormidad de sus delitos mas que la proximidad de sus castigos. Ya he dicho que es imposible que no vuelva los ojos á la misericordia; pero puede ser que esta esperanza sea débil, que

no se la presente sino como desde léjos, y los castigos tan de cerca, que ya van á caer sobre ella. Pregunta aterrada ¿si puede confiar en la misericordia que tanto ha despreciado? No duda que es infinita; pero no se atreve á esperar por lo mismo que teme con extremo.

¿Qué es lo que la dice la fe en esta desolacion? Espera. El mayor de tus delitos fuera desesperar de la misericordia sin término: y cuando ve que el mismo Dios que la atemoriza, no solo la permite, sino que la manda esperar en su bondad; cuando considera que estos mismos terrores que la acobardan vienen de su mano, porque Dios no la espantara si no quisiera llamarla; que todos estos golpes son dones suyos, y el mayor fundamento de la confianza; cuando en fin, la fe la presenta todos estos objetos de consuelo, como entónces nacen de sus temores sus esperanzas, empieza á estimar y bendecir á estos mismos temores.

Así, pues, el temor y la esperanza luchan por hacerse dueños de aquel corazon que la fe les ha puesto en las manos, y le hacen sentir un combate, que cuanto es mas penoso, le parece mas dulce, porque cuanto mas le penetran, mas se entrega al dolor. Las lágrimas corren, los sollozos se atropellan, las postraciones acompañan á la oracion y á los gemidos, y el alma no encuentra otro consuelo que abrir todas las puertas á las expresiones de su dolor. La felicidad, la dulce paz de

los justos se la representa vestida de toda la calma y serenidad de que ella misma aun no goza; la compara con las angustias voraces que la devoran, siente la diferencia, envidia la suerte, y se promete imitar sus ejemplos.

Desde aquel instante ya no ve mas que delirios y tribulaciones en los caminos de la corrupcion: se asombra de haber podido estar tan ciega. Si no ha roto ya sus cadenas, á lo ménos siente su peso, reconoce su fealdad, y levanta los ojos al Omnipotente para que las rompa con su mano fuerte, y la ponga en estado de cantar en su gloria el cántico de su libertad.

¿Quién podrá decir que un temor de esta especie no obre sobre el corazón, y no le disponga á la justicia? Lo que yo sé es, que la fe cristiana no puede inspirar otro; y si sus movimientos no son siempre tan vivos, siempre son de la misma naturaleza. Confieso que es menester algo mas que este temor de los juicios de Dios para producir la conversion entera del corazón del pecador, y que nazca en él la justicia, porque esta sola puede producirla el amor; ¿pero no es menester romper la tierra, y que el arado la prepare ántes que reciba la simiente? Pues yo digo que nada puede romperla tan bien como este santo temor que produce la fe.

Pero, padre, para eso seria necesaria una fe muy viva; y si apenas la tienen los justos, á quie-

nes el amor inflama, ¿cómo pueden tenerla los pecadores, que solo estan animados del temor? Sin duda, me respondió, que la fe debe ser viva, esto es, fuerte y activa. ¿De qué puede servir una fe muerta y sin accion? ¿Pero de quién depende que la fe no sea viva? No seguramente de la santa religion que seguimos, no del nombre de cristiana que tenemos, ni del juramento que hicimos de conservarla tal como la recibimos. La Iglesia no nos la dió muerta, ni nos la dió para hacerla morir en nuestras manos.

Sin duda la fe debe ser viva. ¿Y por qué no lo es? Porque no nos cansamos de darle golpes mortales, ya con desórdenes de toda especie que nos ciegan hasta el punto de que creamos que nuestro interes es perderla, ya con conversaciones impías y licenciosas, en que solo buscamos el modo de confirmar las duvas que han hecho nacer las pasiones, ya en fin con lecturas tan disolutas como irreligiosas, tan capaces de corromper el espíritu como el corazón. ¿Y despues de esto podemos extrañar que nuestra fe no sea viva? ¿Y cómo puede serlo, cuando hacemos cuanto podemos para sofocarla; cuando se hace casi gala de no tenerla, ó á lo ménos se aparenta así por vanidad? ¿Es cosa triste, señor, que este vicio insensato quiera ser hoy una gala de moda!

Hombres sin freno ni instruccion quieren ser maestros, y enseñar su incredulidad á los infeli-

ces pecadores, á quienes aflige su conciencia, y desearan desembarazarse de la Religion tan ignorantes como sus discípulos, pues en toda su vida no han dado un cuarto de hora de atencion á lo que debiera ser el único estudio del hombre. Hablan de los objetos mas sagrados, y deciden con autoridad. Una chanza, una ironía, un chiste son todas sus demostraciones. ¡Y cómo pudieran tener otras! Pero la ignorancia de los unos y de los otros se satisface con esto. Se rien de aquellas bufonadas, y aplauden aquellos dichos insensatos, cuando bastaria una razon modesta con poca ciencia para oírlos con extremo desprecio. Y despues de esto vienen á decirnos que su fe no es viva. ¿Cómo puede serlo? Lo que debe sorprender es que no haya desaparecido del todo.

Si alguno viniera á decirme que su fe no es viva, yo le preguntara: ¿Y qué es lo que haces para que lo sea? Yo quiero suponerte muy léjos de los excesos que acabo de censurar, y que tienes fe y Religion; pero pasas toda tu vida en el juego, en los teatros y en las diversiones: y si la fe apénas vive en el justo, que no omite nada para sostenerla, y hacerla vivir con el retiro, santas lecturas, meditacion, oraciones, vigilancia y mortificacion de sus sentidos, ¿cómo es posible que viva en tí, que por un lado te entregas desmedidamente á todo lo que puede matarla, y por otro nada haces de lo que pudiera darla vida?

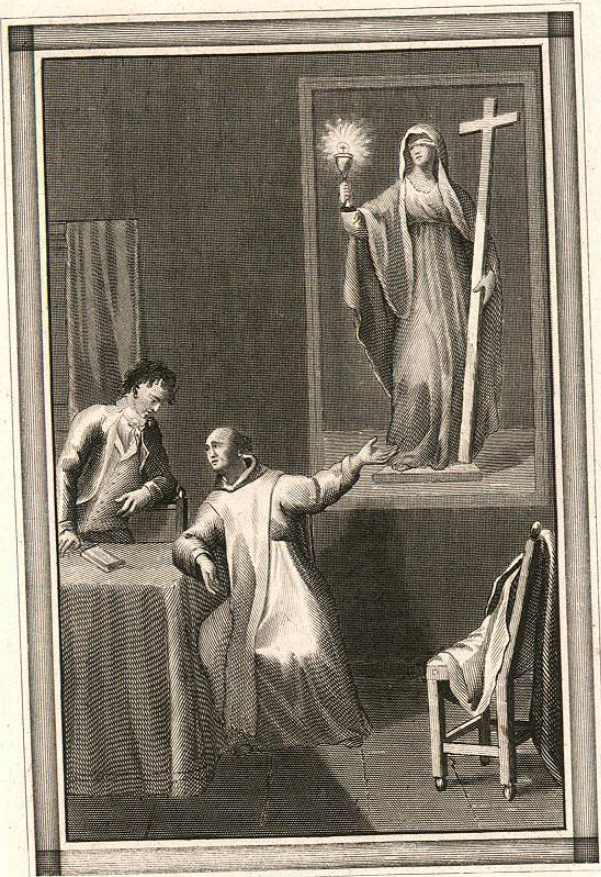
Que se nos pregunte despues de esto, ¿qué mal hay en esta vida ociosa, tejida casi toda de placeres, de afanes inútiles, de adornos, galas, conversaciones frívolas y disipaciones de toda especie? ¿Qué mal, señor? El mayor, el mas terrible de todos, que es dar muerte á lo que debe ser el principio de la vida, á la fe de que vive el justo, y sin la cual todo está muerto á los ojos de Dios.

¿Tu fe no es viva! ¿Y porque no lo es, te atreves á añadir muerte á muerte? ¿Porque no lo es, como si temieras que vuelva á revivir, trabajas en cortarla las raices mas pequeñas, y no dejarla una reliquia de resurreccion? Si estando tan muerta, todavía te da esos latidos con que te estremeces, y si con sus gritos hace que la escuches y la temas; si aunque muy débil para convertirtte es bastante para inspirarte algunas veces el deseo, y te obliga á dar como de por fuerza algunos pasos hácia el bien, ¿qué no hiciera si la dejaras la libertad de obrar sin sujecion, si te contentaras con no resistirla y dejarla obrar?

Pero tú no lo quieres, porque conoces que tomara mucho ascendiente sobre tí. ¿Y te sienta bien venirme á decir que tu fe no es viva? ¿Es culpa suya, ó tuya? Deja de resistirla, no combatas contra ella, no la mates, y verás que como es el principio de la vida y de la inmortalidad, se vuelve á animar de nuevo para conducirte derechamente por el camino de la vida eterna.

La verdad es, señor, la que el concilio nos dice: Los hombres se disponen á la justicia por la fe, que les inspira temor de los juicios de Dios, y este temor obligándolos á volver los ojos á la misericordia, los eleva hasta la esperanza. Este es el órden que Dios ha establecido para la conversion del pecador, y es menester seguirle con fidelidad. Cultivemos con aplicacion las impresiones preciosas de la fe, huyamos con cuidado de todo lo que hasta ahora las ha debilitado ó las ha hecho inútiles. Sostengámoslas con el retiro, la oracion, las lecturas santas; y la semilla de la fe, como el grano de mostaza, aunque al principio sea la menor de las semillas, crecerá hasta hacerse un árbol grande. Lo esencial es no oponerse á lo que ella puede hacer. Si los que se quejan de su poca fe, consultaran su propia conciencia, ella les responderia del mismo modo.

Pero, padre, ¿cómo es posible conciliar ese temor con la confianza? Por otra parte, me parece que si el pecador viendo los excesos de su vida, no puede desprenderse del temor, el justo, el que siempre ha vivido en la inocencia, no debe tener mas que confianza. ¡Ah! si yo volviera á vivir de nuevo, yo creo que seria de modo que no tuviera las inquietudes y terrores que ahora me devoran. ¿Qué, señor! me respondió el Padre, vos no podeis conciliar el temor con la confianza, y yo no veo cómo pueden separarse, si se entiende bien el objeto de entrambos.



S. Sallés & Co. N. York.

*Los hombres se disponen á la justicia por la Fé,
que les inspira temor de los juicios de Dios.*

El que examine sólidamente nuestra Religion divina, hallará que jamas podemos ni tenemos nada que temer de parte de Dios, y que debemos temerlo todo de parte de nosotros mismos. Dios es soberanamente bueno; es la bondad misma: si es terrible en su justicia, es porque le forzamos á serlo: nunca lo es sino de nuestra parte. Dios ama las almas que ha criado á su imagen, segun la expresion de la Escritura, y porque las ama, quiere que todas se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Pero si de parte de Dios nada tenemos que temer, de la nuestra lo debemos temer todo. Es imposible en la Religion separar estos dos objetos.

Así el justo teme, porque puede tropezar y caer, á causa de que por sí mismo no es más que corrupcion y flaqueza. El pecador teme, porque no puede levantarse él mismo de sus pecados ó caidas, ni puede por sí evitar los justos castigos que merece. Uno y otro deben desconfiar de sí mismos. El justo debe dar gracias, orar, velar, andar con atencion, mortificar sus sentidos, y guardar su corazon con no interrumpida solicitud. El pecador debe afligirse, implorar, gemir, recordar los desórdenes de su vida en la amargura de su corazon, avivar su fe, y llenarse de temor con la vista de los fuegos inextinguibles. Como el uno está por tierra, y el otro puede resbalar, la fe dice á los dos: *Satagite, conten-*

dite: Haced cuanto podais, ó para sosteneros ó para levantaros. Pero vos, señor, que hallais tan difícil conciliar el temor con la confianza, decidme: si Dios os asegurara hoy por el ministerio de uno de sus ángeles, que habia perdonado todos vuestros pecados, y que os daría la felicidad eterna, ¿estariais seguro entónces de vuestra dicha? Yo respondí: Sin duda, padre; y si pudiera estar cierto de que no era ilusion, sería un delito no estarlo. Pues yo os digo, replicó el padre, que vos no estariais mas seguro entónces de lo que hoy estais de su misericordia, y que no es posible que lo esteis mas. Porque ¿cuál sería entónces el fundamento de vuestra seguridad? Sin duda la palabra de Dios y la verdad de sus promesas. Pues su bondad y su misericordia no son ménos ciertas, ó para decirlo mejor, la verdad de sus promesas y su misericordia no son dos cosas diferentes. Y porque hoy no os propone mas que su bondad por motivo, porque quiere que el sacrificio sea entero, porque exige que su bondad sola excite esta confianza, ¿vos no le ofreceréis este sacrificio de justicia? Padre, le dije yo, ¿qué confianza puede tener aquel que ha pasado una entera y larga vida en un diluvio continuado de iniquidades, y aquel cuyos pecados se han multiplicado mas que los cabellos de su cabeza? Si Dios me ve como yo

me veo, no puedo ser á sus ojos mas que un objeto de cólera y de furor. ¿Si Dios os ve? respondió el padre; sin duda que Dios os ve mil veces mejor de lo que vos podeis veros: y ¿qué fuera de vos si permitiera que vos os viéseis como él os ve, ó tal cual sois?

¿Pero os figurais, señor, que Dios busca en el hombre lo que es ó lo que ha sido para ejercer su misericordia? El corazon humano es todo corrupcion, y la vida ménos delincuente no pudiera inspirar el menor fundamento de confianza; y ve aquí otro carácter de nuestra flaqueza. El hombre no quiere contar con su Dios absoluta y exclusivamente: no puede resolverse á no contar tampoco consigo mismo; y ¿qué resulta de esto? Que como cuanto mas examina tanto mas descubre en sí miseria y corrupcion, tanto mas tambien se turba y desalienta. Dejemos, pues, estos vanos terrores, estas injustas desconfianzas, que no inspira la fe, y que ella misma debe someter y arreglar. Léjos de que el conocimiento de nuestras miserias deba acobardarnos, él debe animar nuestra confianza para esperar en la bondad divina; porque ¿quién sino Dios nos ha dado este conocimiento? Yo encuentro sobre este asunto en la Escritura una reflexion que me parece llena de razon y buen sentido. El ángel del Señor se muestra á Manué, padre de Sanson, y le anuncia que ten-

dria un hijo. Manué, que no le conoció, le pide que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en accion de gracias; y cuando el fuego estuvo bien encendido, el ángel se metió entre las llamas, y desapareció. Manué y su muger asombrados, caen por tierra el rostro contra el suelo, y él dice: Preparémosnos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurso no era digno de un buen Israelita; pero su muger con mas razon le responde: ¿Si Dios hubiera querido matarnos, nos hubiera hecho ver todas estas cosas? Lo mismo debe decirse á aquellas almas que por un movimiento natural se turban y se abaten.

Porque, señor, ¿quién es el que os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto? ¿Le tenia vuestra alma en aquel tiempo en que bebia los pecados como el agua? ¿Cuando os parecia que solo vos teniais razon? ¿Cuando disputábais con tanto orgullo contra las máximas del Evangelio? ¿Cuando en fin, cerrábais los ojos con tanta obstinacion á las mismas luces que hoy os descubren los errores y delitos de vuestra vida? ¿Quién, pues, os ha abierto los ojos? ¿Quién os ha dado estas luces? ¿Erais mejor? ¿Veiais mas cuando no la teniais? ¿Y qué! porque ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque os ha hecho sentir vuestra flaqueza y miseria, porque no os deja ignorar la necesidad que

teneis de su socorro; en fin, porque estais desengañado y no podeis disimularos que no podeis nada sin su gracia, ¿os dais por perdido, y no veis el modo de tranquilizaros? ¿Y os decís que vais á morir porque habeis visto al Señor? ¿Pero Dios se deja ver de aquellos que quiere perder? ¿Y este mismo conocimiento que os da del abismo de vuestras miserias, no es señal de que las quiere perdonar?

¿Señor! las inquietudes y terrores, cuando los mira el pecador con este espíritu, cuando léjos de querer escondérselos procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo mas íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia flaqueza hace que se arroje con mas fuerza en los brazos de Dios, y dice como la muger de Manué: ¿Si hubiera querido perderme, me hubiera mostrado todo esto? ¿Por qué me perdí, sino porque me obstiné á no verlo? Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consuma la justicia. La fe empieza la obra, y la misma fe con la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es mas inmediato, mas eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conver-

sion perfecta del corazón: este es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador; ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y en fin, lo que le hace heredero de Jesucristo y compañero de los espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, mañana trataremos de este asunto. Espero que no olvidaréis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el exámen, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al padre, y con esto se retiró. Te aseguro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios: yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte qué consuelo da á mi corazón. Discurre qué fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á tí y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! A Dios.

CARTA XXIII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¡qué necios somos los infelices cuando enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfaccion que experimenté la mañana de este dia, cuando despues que estuve con él padre, ví que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en orden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el Espiritu de Dios son muy superiores, ó para decirlo mejor, de un orden mas elevado que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la ra-